FORMAS POLÍTICAS FRÁGILES: LA DOBLE DUALIDAD DEMOCRÁTICA Y EL BUEN SENTIDO CIUDADANO

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 114(a)/2017

Research Papers

ASP
Analistas
Socio-Políticos

FORMAS POLÍTICAS FRÁGILES: LA DOBLE DUALIDAD DEMOCRÁTICA Y EL BUEN SENTIDO CIUDADANO

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 114(a)/2017

Índice

1. Reforzando un "nosotros" débil
   1.1. Constitución y "*We, the People*"
   1.2. La doble dualidad de la experiencia democrática
   1.3. Corrigiendo o exacerbando esa dualidad

2. Tomando los deseos por realidades
   2.1. Los riesgos mal percibidos por unos y por otros: el drama catalán
   2.3. Apuntando por elevación: Europa

3. Nos tenemos a nosotros mismos
   3.1. Afinidades electivas y cambios de parejas: políticos en busca de sus bases y viceversa
   3.2. La voz de la sociedad: el "nosotros" más modesto

Este trabajo se publicará en: Benigno Pendás, dir., *España constitucional, 1978-2018. Trayectorias y perspectivas. Volumen II* (Madrid, CEPC, 2018).

Víctor Pérez-Díaz es Presidente de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios.

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Joaquín Pedro López Novo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences) (†) (Founding Member)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris) (Founding Member)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology) (Founding Member)
Michele Salvati (Università degli Studi di Milano)

© Víctor Pérez-Díaz
Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
O en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

1. Reforzando un "nosotros" débil

1.1. Constitución y "*We, the People*"

En el imaginario de los tiempos modernos, la piedra angular de la constitución se suele cifrar en la expresión *"We, the People"*, "Nosotros, el Pueblo". Es el acto fundamental de autoafirmación de una comunidad política. El ser o no ser del que todo depende. Pero la expresión incorpora un equívoco. Da a entender que estamos ante una agencia colectiva unificada, permanente y capaz de controlar su destino. No hay tal. La agencia es dispersa y cambiante, y su voluntad es limitada. Su acto de autoafirmación no detiene el tiempo y se aplica en un espacio compartido con otras agencias. Tampoco se refiere a un mero acto de voluntad ("soberana"), sino al reconocimiento y el refuerzo (con el concurso de la voluntad pero también de la imaginación, las memorias, los intereses, las ideas y los sentimientos) de una realidad ya existente. Una realidad previa y luego corroborada, tal vez reinterpretada, tal vez rectificada; pero ni mero invento ni resultado de un simple "sí, quiero". Previa, e inmersa en un proceso de cambio continuo y siempre en estado de irse, a cada paso, haciendo, deshaciendo, y volviéndose a hacer. Podría decirse que la expresión es "simbólica" en el entendimiento de que no es *mero* símbolo, sino que está ligada como la parte al todo a la realidad misma.[1]

Por eso, cuando hace dos siglos y medio los norteamericanos redactaron, votaron y aprobaron su constitución y con su *"We, the People"* afirmaron su identidad, y, con ello, su marco institucional, su imaginario y su forma de vida, no asistimos a un *fiat*, un acto (cuasi-divino) de creación del mundo, o de su mundo. Descontando un toque de *hubris* muy de época (la suya y la nuestra, que imagina inventarlo todo), lo crucial para ellos es constatar que ya están-ahí y así han estado un tiempo, como una comunidad *bastante* homogénea y trabada, haciendo y haciéndose, resolviendo problemas, recordando cosas hechas juntos, y anticipando cosas por hacer. La autoafirmación de la comunidad política como tal refleja y precisa la formas que adopta esa realidad, la de un ser cuya existencia consiste en un estar juntos y hacer juntos.[2]

---

[1] Sobre simbolismos y experiencias políticas ver Eric Voegelin, "The New Science of Politics" en *Modernity without restraint*, Columbia, University of Missouri Press, 1999. Desde otro ángulo, cabe recordar el énfasis de la tradición jurídica norteamericana en la importancia de las actitudes, las pautas de conducta y las instituciones a la hora de dar cuenta del sistema constitucional, y de la *living law* de la Constitución (Lawrence Friedman, *American Law: An Introduction*, Nueva York, Norton, 1998), a distancia de la tradición jurídica predominante en la Europa continental, por ejemplo, Francia (Laurent Cohen-Tanugi, *Le droit sans l´État*, París, Quadrige, 1992), y ello a pesar del contrapunto ofrecido por la tradición francesa distinta de Pascal (Donald Kelley, *The Human Measure: Social Thought in the Western Legal Tradition*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990).

[2] Esa autoafirmación colectiva puede tener el soporte de una discusión ideológica compleja e intensa (Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution,* Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1967); pero esta discusión se inscribe, y se soporta, en una experiencia que da plausibilidad y contenido efectivo a cualesquiera ideas, y voluntades, puedan, en su momento, a este respecto, formularse.

De modo que si descendemos a la realidad histórica más próxima, la pregunta puede ser: ¿será cierto que, en el caso específico que nos ocupe, los sujetos en cuestión hacen *tantas* cosas juntos? La respuesta no es obvia. Porque si sucediera que su experiencia económica y social fuera la de unas gentes centradas en ir cada uno a lo suyo, empeñadas en triunfar y realizarse (y ésta fuera la cultura vivida del capitalismo al uso), y si su experiencia política fuera la de una batalla cainita en permanencia (y tal fuera la cultura partitocrática vigente), y si la experiencia cultural fuera la de una Torre de Babel (la cultura del emotivismo y el relativismo moral), en tal caso, ¿se podría esperar que tales sujetos harían lo *bastante* como para estar-ahí como una comunidad?

Una comunidad requiere una masa crítica de individuos con su sentido común y su cuidado por la cosa común, es decir, su sentido de lo común que es una parte crucial de su sentido moral. ¿Es probable que se dé esa masa crítica cuando imperan las culturas vividas antes mencionadas? Porque, sí, se supone que vivimos en una época de creciente complejidad, pero ésa no es la cuestión. La cuestión es ¿se trata de una complejidad caótica y desconcertante de modo que el espacio público es un inmenso ruido? ¿Sin apenas conversación posible? Nos encontramos en sociedades diversas, pero ¿hasta donde llega su diversidad y cómo se vive esa diversidad? Por ejemplo, la sociedad norteamericana de hace unos siglos estaba, probablemente, lo bastante integrada (indios nativos y esclavos africanos aparte: lo que no era precisamente un asunto menor) como para tener, con todo, esa experiencia de comunidad. Ahora bien, ¿se aplica lo mismo, o algo análogo, a esta y aquella sociedad específica? ¿Comenzando por las más próximas?

La experiencia muestra que este hacer y hacerse de un nosotros siempre ha sido complejo, dramático, problemático, y relativamente frágil, con un flanco vulnerable, expuesto a ataques externos y rupturas internas. Flanco que tiene en cada momento y lugar sus rasgos propios. Que no pocas veces se ha disimulado declarando la guerra a un vecino; lo que han solido hacer periódicamente los estados naciones europeos desde hace siglos, tan modernos ellos y tan dados, en esto, a prolongar las costumbres de los reinos antiguos.

1.2. La doble dualidad de la experiencia democrática

Fijémonos en las razones de esta fragilidad, esta debilidad interna del nosotros constituyente de, y constituido en, la comunidad política. Ya he sugerido que depende de factores diversos (económicos, culturales...). Pero, por mor del argumento, veamos los que conciernen a la experiencia, la cultura vivida del hacer político, con la mirada puesta, ahora, en la política interna. A este respecto, hay motivos para preocuparse, dado que la experiencia histórica del nosotros de los gobiernos modernos constitucionales y democráticos, de tipo occidental, nos enseña algo muy simple y muy inquietante. A saber, que, por ejemplo, por debajo del imaginario convencional de los "sujetos libres e iguales" *puede* haber una débil *comunidad* de tales sujetos libres e iguales; porque la importante libertad (positiva) de pocos contraste con la escasa libertad (positiva) de muchos y eso implique una desigualdad sustancial. Ello puede suceder, entre otras razones, porque se da en la experiencia política de esa sociedad una *doble dualidad,* de la que se deduce la permanente posibilidad de una deriva

sistémica de lo político en la dirección de un nosotros débil y de una ruptura de la comunidad.[3] Se trata, por una parte, de la dualidad entre amigos y enemigos; y por otra, de la dualidad entre clase política (elites políticas y sus aparatos y entornos correspondientes) y ciudadanía. Aquella deriva es de manejo difícil, aunque no imposible si se atiende a las experiencias de representación y de participación, y a los términos del debate público.

Pero el hecho es que la experiencia de estas últimas décadas de buena parte de las *politeias* occidentales suele ser la de una vida política de combate permanente. Obviamente hay fases de coaliciones y apoyos mutuos, y momentos de duelo y de gozo compartidos, y en esos momentos el "ideal" de una comunidad política se vislumbra; pero es habitual, al menos en bastantes democracias (por ejemplo, la española, ya con cuatro décadas y no pocos sobresaltos a sus espaldas) que el debate que acompaña a las decisiones políticas tenga poco que ver con la conversación o cuasi-conversación que cabría esperar de una comunidad política basada en alguna forma de amistad cívica. Por el contrario, con frecuencia parece que pretende basarse todo él en la enemistad.

Es bastante usual que los adversarios políticos se definan como amigos o enemigos en un juego de suma cero de conquistar o quedar excluido del poder de turno, que consiste no en un juego de *fair play* entre *gentlemen (and ladies)* que compartirán luego un refrigerio y una charla apacible sea cual sea el resultado, sino en un pugilato entre "animales políticos" que derrochan malevolencia recíproca. Lo justifican apelando a la extrema gravedad e importancia de las diferencias en los asuntos en juego. Porque, de creerlos, se trata, nada menos, que de elegir entre la verdad o el engaño, el orden o el caos, la prosperidad o la ruina, la revolución o la explotación, el ser o el no ser. Los adversarios son enemigos a excluir del poder, a erradicar de la escena, a condenar al olvido. De los que desconfiar, profundamente y para siempre. Además, esta imagen de enemigos se extiende, *de facto*, a aquellos que apoyan tales enemigos políticos. Es decir, si es preciso, quizá, por qué no, a la otra mitad del electorado, a despreciar o a detestar. Porque sería culpable de equivocar su voto, por incapacidad o por malicia.

Lo que haría la clase política de esta forma, en un alarde de falso y equivocado liderazgo, sería maleducar a la ciudadanía y abocarla a la experiencia de una comunidad averiada, fracturada, y, en todo caso, poco susceptible de ser y actuar como un nosotros relativamente sólido. Se trataría de una ciudadanía débil y probablemente subordinada a una clase política entrelazada con unas minorías dominantes de carácter económico, social o cultural, posiblemente comprometidas en una deriva oligárquica.[4] Una clase política definida por la contradicción de arruinar la *polis* que debe garantizar,

[3]Lo que puede plantear el problema del contraste entre el "concepto" de democracia y la "realidad" de una oscilante realización de la democracia, sometida a tensiones institucionales y culturales continuas (ver Johan Olsen, *Democratic Accountability, Political Order, and Change*, Oxford, Oxford University Press, 2017, p. 157).

[4]Al respecto puede verse mi discusión sobre "triarquías oligárquicas" en Víctor Pérez-Díaz, *El malestar de la democracia*, Barcelona, Crítica, 2008.

y a la que debe su propia existencia.

Cuando tal cosa sucede, la vida política no une sino que divide. Pero, como dirían "visionarios del futuro", con una mirada axial, testamentaria, tal vez neoplatónica, un Teilhard de Chardin, un Thomas Merton... "lo que nos une, nos eleva" (y viceversa). De lo que se podría inferir, *a contrario*, que "lo que nos divide, nos degrada." Con ánimo y comportamiento tan belicosos, lo que se suele conseguir es degradar, reducir al mínimo el sentido de lo común y el sentido común en el conjunto de la sociedad. La sociedad, polarizada, combate, pero apenas escucha y, sin escuchar, difícilmente razona. Porque los dos sentidos (común, de lo común) van juntos. Si el sentido de lo que puede ser común a todos tiende a desvanecerse, el sentido común también padece. Porque caracteriza al sentido común, al sentido de la realidad, "al pan es pan, y el vino, vino", el ponerse en alerta ante la ruptura interna de la sociedad, que la hace más vulnerable a los riesgos, por lo pronto, los externos. Escuchar, observar, deliberar, aprender: todo esto requiere sentido de lo común y sentido común. Y ambos implican activar el instinto de supervivencia que sugiere la conveniencia de poner la casa en orden: un mínimo de prudencia y de templanza para equilibrar la cabeza (y el corazón) en medio de la vorágine.

1.3. Corrigiendo o exacerbando la lógica de la dualidad

¿Podría la clase política en cuestión actuar de otra forma? La verdad es que podría, y siempre conforta esperar que se convierta; pero hay que reconocer que, con cierta frecuencia, suele ser poco probable que lo haga *motu proprio*. Porque los hábitos y el carácter de bastantes políticos han sido malformados o maleducados casi desde el principio, y se transmiten de generación en generación -- y el imaginario de la modernidad y el de la postmodernidad *grosso modo* los favorecen. Creen (sienten) que lo primero es lo primero: llegar al poder. Por lo demás, cultivar las habilidades combativas, que ello requiere, no excluye prestar una atención marginal a las "bellas almas" que toquen algunos compases de música celestial: siempre cabe servirse de ello para descolocar al adversario (una astucia añadida), o para avivar sus recuerdos de la juventud (un punto de nostalgia que los humaniza). Aunque, por supuesto, también puede quedar de la música celestial el eco de un "silencio sonoro" que no se apague fácilmente.

En todo caso, mientras tanto, aquí en la Tierra, la mala educación de tantos políticos (no todos, ni necesariamente la mayoría, ni en todas partes, por supuesto) se refuerza con su rivalidad. Esta rivalidad, si es llevada al extremo, abocaría a una espiral de odio mutuo, pero también de ofuscación mutua. Se daría así un caso de rivalidades miméticas en el que los rivales se imitan pero no se comprenden. Probablemente aprender de otro requiere una dosis de curiosidad y, por tanto, de empatía; ello quiere decir que, incluso no pensando sino en el "propio interés", el odio debería ir acompañado de cierta ambivalencia. A falta de ello, queda el recurso a una gran estrategia de hipervoluntarismo, con un despliegue de la voluntad de dominar al otro, reducirle a la impotencia y destruirle.

Con esa estrategia se está expuesto, e inclinado, a adoptar las heurísticas más simples, comenzando por la de tomar los deseos por realidades, ignorando las voces del sentido común y del sentido de lo común (que requieren aquella curiosidad y empatía por los demás). Voces del buen sentido que implican una orientación razonable respecto a la política, sin minusvalorarla (la política como algo poco menos que inútil, porque "el mundo va solo" o "los de arriba siempre mandan") ni supervalorarla (la política como la oportunidad de controlar el mundo y la historia, incluyendo la producción en serie de líderes cuasidivinos y naciones eternas). Hay fuertes indicios de que esas voces de buen sentido se hacen oír entre los ciudadanos corrientes (ver sección 3) y pueden cobrar fuerza en condiciones favorables. Estas condiciones no se dan cuando los ciudadanos se reducen al nivel de meros votantes, gentes pasivas, o al nivel de movimientos sociales que se sienten partes de una sociedad polarizada, o al nivel de dirigentes y miembros de asociaciones dependientes de favores políticos o económicos -- es decir, cuando la sociedad civil se reduce a sociedad de corte, o sociedad de barro, sobre la que no cabe construir.

Recapitulando. La clave de la constitución de un país democrático es la autoafirmación de la comunidad política. Pero autoafirmación entendida no como la reiteración de un texto que se proclama, se recita o se relata, sino como una experiencia que se comparte. La doble dualidad de una contraposición de amigos y enemigos, y de una clase política *versus* una ciudadanía reducida a meros votantes, multitudes y *lobbies,* debilita y puede destruir esa comunidad, y, por tanto, la realidad de la constitución misma. En las secciones siguientes exploro brevemente dos temas, ya apuntados, que pudieran exacerbar o corregir aquella lógica de la dualidad: el de la tendencia a tomar los deseos por realidades (que la exacerba), y el de la voz razonable de la sociedad de a pie (que la corrige).

Se trata de una reflexión de aplicación general, aunque en su desarrollo tomo pie en algunas experiencias recientes. Primero, en algunas turbulencias creadas por lo que podemos llamar el "drama catalán" que se está viviendo en España durante los últimos años, que supone una situación límite de doble dualidad, de alto riesgo. Segundo, en la búsqueda de mensajes "razonables" de algunos políticos, con una referencia a Francia, y en la expresión del buen sentido de la ciudadanía con algunos datos de encuesta sobre España. Sin que podamos prejuzgar si aquella búsqueda y este aprendizaje se darán o se frustrarán a corto, a medio y a largo plazo.

2. Tomando los deseos por realidades

Todos tendemos a tomar nuestros deseos por realidades. Ya lo hacíamos de pequeños, por aquello de creer en la omnipotencia de los deseos, ¡y es tan difícil renunciar a la infancia! Además, tampoco es cosa de renunciar del todo. ¿Cómo podríamos renunciar al sueño, el toque mágico, el cuento de hadas, los héroes de la Ilíada...? Algunos piensan que en la capacidad de los niños para organizar sus juegos está incluso la clave del éxito de la ciudad de los mayores.[5] Siempre, claro está, que cultiven el arte

[5] Prolongando la hoja de ruta sugerida por Alison Gopnik en *The Philosophical Baby,* Nueva York, Picador, 2009, pp. 5 y ss. Cabe recordar, a este respecto, la referencia a la experiencia primordial del mundo de

de respetar y hacerse respetar. Cabe incluso pensar que el ideal de una sociedad reconciliada y razonable tiene algo de ensoñación, y de música celestial.

Pero qué duda cabe que en la edad adulta conviene distinguir, en general, entre cuando toca ser niños y cuando toca no serlo. *Cuándo* y *cómo*. Y en la vida política hay riesgos en lo de ser niños a destiempo, y de mala manera. Son riesgos comprensibles, porque el ambiente político favorece las fantasías. Los políticos son voluntaristas casi por naturaleza. En parte es lógico: la política consiste en tomar decisiones con vistas a sus posibles consecuencias. Pero en buena parte no pocos se exceden. Les da por querer imponer su voluntad unos a otros, decir cómo son las cosas y cómo van a ser, hablar de sus proyectos grandiosos, anticipar el futuro, adoptar aires proféticos. Imaginan que son sus relatos los que dan sentido a un mundo que, sin ellos, carecería de él y estaría perdido. Y halagan los impulsos voluntaristas de sus seguidores, de lo que denominan (su) pueblo, de cuya voluntad, que llaman soberana (y sobreentienden ilimitada, en teoría, y subordinada a ellos, en la práctica), se dicen (con la boca pequeña) mandatarios.

2.1. Los riesgos mal percibidos por unos y por otros: el drama catalán

Pero descendamos a la realidad del lugar y el momento de la España de hoy. Al drama catalán. El drama comenzó ya hace algún tiempo con ofuscaciones en los dos bandos en presencia, caracterizadas por un tomar sus deseos por realidades.

En primer lugar, veamos el lado de quienes quieren que Cataluña siga siendo parte de España. Muchos españoles han creído y siguen creyendo que apenas hay riesgo de secesión. Nunca ocurrirá, han repetido, y repiten. Para empezar porque no habría referéndum, y/o porque de haberlo sería ilegal y por tanto irrelevante, y/o lo ganarían ellos.

Pero deberían haber aguzado y aguzar la vista, y considerar un "escenario peor". A la vista de tres hechos cruciales: cerca de la mitad del electorado catalán ha votado y vota partidos independentistas, o se proclama independentista, en los últimos años; dos tercios de los catalanes consideran legítimo un referéndum sobre la independencia; y los independentistas tienen una experiencia de movilización de varios años, *in crescendo*, mientras que quienes favorecen mantener los lazos con España apenas la han tenido hasta fecha relativamente reciente, y queda por probar que la mantengan. En estas condiciones el riesgo de una separación es alto y obvio. No digo que este escenario deba entenderse como uno que tiene que ocurrir necesariamente. Digamos que, para los partidarios de que Cataluña forme parte de España, lo más prudente sería tener en cuenta este "escenario peor" y asignarle, por precaución, una probabilidad del 50%. Era lo prudente antes del referéndum del 1 de octubre de 2017 y de la aplicación del artículo 155 de la constitución, y lo sigue siendo después.

---

la intersubjetividad por parte de los niños, de quienes los adultos podrían aprender, en Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, París, Gallimard, 1945, pp. 408-409.

Tampoco es de esperar que ese nivel de riesgo se reduzca por el simple paso del tiempo. Primero, porque hay una clara relación entre el voto independentista y los factores adscriptivos propios de ser catalán de origen catalán o catalán de origen inmigrante, y ello tiene consecuencias profundas para el tema.[6] Porque, aunque el contexto internacional pueda no ser favorable a los independentistas, la experiencia local de lo que podemos llamar, *grosso modo*, una "sociedad hegemónica" de catalanes de origen manejando a una "sociedad subordinada" de catalanes inmigrantes, no hace sino reforzar en aquellos su querencia básica; haciéndolo así no con relatos (que pueden ser más o menos políticamente correctos) sino con el peso (enorme) de las disposiciones y los hábitos cotidianos con los códigos lingüísticos correspondientes. Esas disposiciones o hábitos surgen en las más diversas experiencias de la vida,[7] y por supuesto lo hacen en la del contraste continuo entre un segmento social superior de catalanes de origen, con una relativa, pero clara, superioridad de recursos económicos, políticos, sociales y culturales, de lo que tiene conciencia, y el segmento social de los catalanes de procedencia inmigrante. Ese contraste, a su vez, crea en el segmento hegemónico una disonancia cognitiva y afectiva entre su experiencia de superioridad en el espacio local y su percepción de estar en la periferia en el conjunto de España. Para ese segmento, movilizarse es una manera de reducir esa disonancia.[8]

Segundo, tampoco es probable que se reduzca el riesgo porque los partidos constitucionalistas hagan un elogio de "la tranquilidad", ya que ello puede ser, ciertamente, más o menos útil, pero afectar poco a unos independentistas que viven un momento de euforia, y tienden a querer aumentar la intensidad de su sentimiento de agencia; para ellos una llamada a la tranquilidad puede sonar como una llamada a la pasividad y la subordinación, cuando aspiran a lo contrario. Tanto más cuanto que, probablemente, imaginan, como tantos otros, un orden económico que funciona según su propia lógica, el de una globalización incontenible donde Cataluña siempre encontrará su sitio, antes o después, por lo que pueden dudar de que el desorden económico que la independencia pudiera traer consigo sería duradero.

---

[6]Como se muestra persuasivamente en el análisis de los resultados electorales recientes por Juan Carlos Rodríguez, "El desafío independentista: sociedad y política en la España actual", *ASP Research Papers*, 113(a)/2017.

[7] Incluyendo las experiencias ligadas al ejercicio de los oficios, incluso del oficio artístico, como señala Erwin Panofsky a propósito de la conexión entre arte gótico y escolástica (en *Architecture gothique et pensée scholastique*, París, Éditions de Minuit, 1967; citado por Pierre Bourdieu, Jean-Claude Chamboredon, Jean-Claude Passeron, en *Le métier de sociologue*, París, Mouton, 1973).

[8]Alternativamente, otra manera de superar esa disonancia (que la llamada burguesía catalana ha utilizado con éxito variable, pero en general con bastante eficacia a lo largo del último siglo y medio) es la de construirse un imaginario, y llevar a cabo una estrategia para hacer realidad un protagonismo catalán en el conjunto de España. Sobre el tema de la disonancia cognitiva ver Leon Festinger, *A theory of cognitive dissonance*, Stanford, Stanford University Press, 1957.

Tercero, tampoco es muy probable que se reduzca porque esos mismos partidos invoquen el "respeto de la ley", lo que suele calar poco en un mundo (de todos los colores políticos) con un imaginario "positivista", donde se tiende a creer que la ley es el simple resultado de las mayorías parlamentarias de turno.

Asimismo, cuarto, los partidos constitucionalistas pueden hacerse más persuasivos porque empaticen más con sus conciudadanos independentistas; pero la educación sentimental, si no hay conversión súbita (que tampoco hay que descartar, sobre todo si la apelación a los sentimientos viene de la mano de una apelación convincente al interés), suele requerir en todo caso cierto tiempo.

Finalmente, es cierto que cabe una salida "en falso" a las situaciones imposibles, que consiste en vivirlas en el día a día, entretenidos todos con una "cultura del barullo", de apaños y males menores, contra el telón de fondo de una cierta cacofonía ambiente. Esto puede ser visto en los medios académicos con cierta simpatía, y conocerse por el término de *muddling-through*. También puede ser entendido como una muestra del teatro del absurdo, una "ceremonia de la confusión" surrealista (literalmente arrabalesca, es decir, a la manera de Fernando Arrabal). En todo caso puede dar tiempo para preparar diversos escenarios, tanto de concordia como de ruptura, y proteger poco frente a sobresaltos imprevistos en cualquier momento.

Pues bien, si, a la postre, llega a triunfar el escenario de la separación, ello supondría la difusión en España de una sensación de *fracaso histórico,* que afectaría retrospectivamente a la narrativa de su historia reciente (y de casi toda su historia moderna), en primer lugar la de la transición democrática. Tocado en su sentimiento de identidad y su autoestima, y su confianza en los políticos (y las elites en general), el país habría de atravesar un período largo y difícil, que pondría a prueba el sentido moral, el aguante emocional y la capacidad estratégica de unos españoles que, por otra parte, habiéndoles cogido el fenómeno casi por sorpresa, podrían tener la sensación de haber llegado a este punto en un estado de sonambulismo. Todo ello contra un telón de fondo de reproches y desprecios, e incidentes, sin contar con lo que pudiera ocurrir, al día siguiente, en otros lugares de España (en la costa del Mediterráneo, en la del Atlántico...) fáciles de identificar. Y el añadido de un clima de inseguridad económica y moral que afectaría a España y Cataluña, pero también al conjunto de una Europa muy vulnerable. Sería un paisaje oscuro, con un cielo agitado, que permanecería así bastante tiempo, y estaría habitado por bastantes gentes depresivas e irritables.

Pero por otro lado, en segundo lugar, el mundo de los independentistas podría encontrarse con que ese mismo escenario (a primera vista, quizá, "el mejor" para ellos) les depararía, probablemente (de nuevo, digamos, con una probabilidad del 50%), muy malas sorpresas. Una buena parte de ellos parece creer que les espera un horizonte risueño. Pero, por mor de un poco de realismo, les convendría colocarse en un "escenario peor".

Por lo pronto, no se encontrarían con una comunidad política integrada y reconciliada en Cataluña, sino con dos, como ya he indicado, una hegemónica y otra, por el momento, subordinada, muy

distanciadas entre sí. Es un hecho que la mitad, o más, de la sociedad catalana no quiere separarse. Es un hecho que casi tres cuartas partes de los catalanes albergan algún sentimiento de ser españoles. Es cierto que la cultura política de la fiesta puede ser muy importante, y nadie debería dudar de la importancia del teatro: durante dos horas te absorbe y luego te deja un toque de nostalgia y merece un recuerdo, a veces muy profundo, aunque la representación continúa.... Pero en este caso el efecto teatral está limitado por el hecho de que la clase política independentista no constituye un adecuado simbolismo del conjunto de la comunidad política; se dirige a la mitad independentista del país y deja fuera a la otra mitad. En rigor, no tiene un proyecto político que una y clarifique, sino uno que divide y confunde, tratando incluso de combinar lo que los antiguos llamaban el "colectivismo anarquizante" y el "individualismo burgués" (con toques de *belle époque*), tal vez a la búsqueda de un tiempo perdido, o del sueño perdido de unas caminatas infecundas de, al menos, un siglo y medio.

De seguir ese impulso, dejándose llevar, a golpe de sorpresas, confiando en la táctica, sin mucho rumbo, en un contexto de crisis, y de exclusión de la zona euro y de la Unión Europea, Cataluña se embarcaría en un proceso de separación de su economía y de sus tratos sociales con su entorno inmediato, con un resto de España sobre el que ha tenido hasta ahora, como sabe bastante bien, un grado crucial de control. Deshaciendo, deshilvanando unos tratos que se han ido haciendo y rehaciendo a lo largo de ¿cuántos siglos? Que le han dado tanto protagonismo, y coprotagonismo. Que cabe incluso argüirse que le han dado, a veces, colmo de las ironías, una dosis crítica de seguridad interna.

De quedarse, con un poco más de inteligencia y de realismo, y con una dosis mayor de amistad cívica (y a condición, y esto es crucial, de encontrar semejantes dosis de inteligencia y amistad cívica en el resto de España), los catalanes podrían resolver el problema de la disonancia antes señalado, y protagonizar no sólo Cataluña, sino también una España europea. Pero ¿cómo se puede llevar adelante una aventura europea, cuando lo que se hace es contribuir a destruir Europa?

2.2. Apuntando por elevación: Europa

Hay problemas políticos que parecen insolubles cuando se contemplan en sí mismos, pero que lo parecen menos, incluso que lo son menos, cuando se consideran inscritos en un proceso temporal y un contexto más amplios. Esto puede ocurrir con muchos de los problemas de los estados-nación europeos de hoy, incluidos los de su propia integración política. En parte, porque varios de los retos principales del momento sólo pueden abordarse a escala europea; y ello es particularmente así en el caso del manejo del proceso de globalización que, en su versión actual, no pocos consideran amenazador, incomprensible e incontrolable (con el aditamento del manejo de la "nueva normalidad", una suerte de "normalidad delirante", del terrorismo). En parte también porque Occidente, es decir, Europa, es decir, nosotros, nos enfrentamos a estos retos del futuro en un estado de amnesia; y, no sabiendo muy bien lo que hemos hecho, no podemos saber lo que somos y calibrar

nuestras posibilidades.[9]

Con frecuencia parece que Europa sólo mira a un futuro que por definición desconoce (*pace* tantos futuristas), olvidando un pasado con el que no acaba de saber qué hacer. La Europa de hoy tiende a reducir su conciencia de sí histórica al *mantra* del "legado de la Ilustración". Como si éste fuera el logro que da sentido a su experiencia. Sin embargo, para llegar a él tiene que atravesar la estancia oscura de los últimos siglos con los "tácitos y atentados pasos" de Maritornes en la venta manchega de Don Quijote[10], procurando no despertar a nadie. ¿Ni siquiera a sí misma? Olvidando que el legado de la Ilustración ya había parecido a punto de culminar en el "fin de siglo"... XIX. El avance incontenible, el auge, del gobierno representativo, el capitalismo global, la ciencia y la tecnología, los valores de la libertad (y una serie de liberaciones) y de la igualdad (ante la ley): todo eso ya estaba ahí en ese momento, o parecía muy próximo. Pero lo que sigue es un drama atroz. Y lo que hace la Europa de hoy es intentar pasar de puntillas por él. Todo un siglo que arranca con la experiencia que nos recuerda Jan Patocka de las trincheras de la Gran Guerra del 14: aquella que los soldados apenas podían soportar un máximo de nueve días (según reconocían los estados mayores de los ejércitos respectivos).[11] Más los "pequeños detalles" del Gulag y el genocidio racial, y un largo rosario de guerras, mundiales y locales.

En realidad, recordar todo esto es un requisito previo para aprender de ello, y para apelar a un equilibrio de justicia y de perdón recíprocos para seguir viviendo juntos: los hijos, nietos, descendientes de quienes vivieron (y pudieron ser responsables de) aquellos momentos, y no son tan diferentes de ellos. Seguir viviendo, no en el desprecio mutuo, sino en el asombro mutuo, en la comprensión y en alerta.

Esa búsqueda colectiva entre los recuerdos, ese ejercicio de *anamnesis* ofrece un contrapunto al imaginario moral dominante y favorece una solución de los problemas colectivos por parte de sociedades e individuos que estarían más orientados a su reconocimiento mutuo y su reconciliación que a su rivalidad por triunfar en una carrera agónica al modo griego antiguo; carrera cuyos premios consisten en más poder, más riqueza y más status para el corredor de turno: el grupo, la nación en Europa, Europa en el mundo, etcétera, etcétera. Y si el lector considera que toda esta sugerencia pertenece a la literatura de la "música celestial", conste que le doy (en parte) la razón. Trata de ser una música celestial "posible y plausible"; motivo de esperanza.[12]

---

[9]Incluyendo las posibilidades ligadas a los sueños; pero dejo el desarrollo de este tema para otra ocasión.

[10]*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Parte I, Capítulo 16.

[11]Jan Patocka, *Essaies hérétiques sur la philosophie de l´histoire*, Vendôme, Verdier, 1990, p. 161.

[12]Sobre el modelo griego cabe recordar el contraste entre el "ideal" de la oración de Pericles y la "experiencia real" (en diversos momentos), en Jacob Burckhardt, *The Greeks and Greek Civilization*, ed. Oswyn Murray, Nueva York, St. Martin's Griffin, 1998 (1898-1902). Ver asimismo Geoffrey Hawthorn, *Plausible worlds.*

Consideremos el problema local inmediato con perspectiva, y con un talante esperanzado y positivo (aunque sin cegarnos...). Somos parte de Europa, y esto no es ornamento, sino sustancia. Es nuestra identidad de ahora en adelante porque lo ha sido desde tanto tiempo atrás. Es nuestra identidad porque no tenemos otra narrativa; y esa narrativa nos dice, aunque sea de manera siempre tentativa y en el marco de una conversación continua, quiénes somos y qué vamos queriendo ser.

Miremos hacia atrás. ¿De dónde hemos venido? Resumamos nuestros pasos durante dos milenios con cinco referencias. Hemos sido Hispania romana el año 0; reino de los visigodos en el 500; cornisa de pequeños reinos cristianos por donde se desplegarán la ruta de Santiago y las hazañas del Cid en forcejeo con Al Andalus en el entorno del cambio de milenio; unidad (de Castilla y Aragón, en primer término) de unos Reyes Católicos en el 1500, que proyectan el país hacia Europa y ultramar; y acabamos de dejar atrás un año 2000 en el que culmina una historia dramática susceptible de ser objeto de un cruce de narrativas que son como variantes, todas, de los avatares de las naciones europeas contemporáneas, sus vidas paralelas, sus encuentros y desencuentros. Qué seamos en el futuro ya se verá. Pero creo que la senda previa esboza el horizonte, y que el camino por delante, permaneciendo abierto, tiene bastante sentido para la mayor parte de nosotros cuando lo proyectamos imaginativamente como una narrativa de "nosotros, los europeos" en busca de una "sociedad mejor", a la que los europeos de hoy suelen referirse, tentativamente, con los simbolismos de la libertad y la justicia y la verdad. Simbolismos que incorporan tantos tiempos de guerra y tantos tiempos de paz.

Creo que ése es el "nosotros" que nos incumbe encontrar y reconstruir en especial ahora. Compartimos con todos los humanos muchas cosas; pero específicamente compartimos con franceses, italianos, daneses, polacos y tantos otros el cuidado por la casa común, para empezar, la próxima, y, para seguir, la casa común europea. Una casa europea, un hogar europeo, si queremos usar este símil , que enfrenta hoy y aquí al reto de cómo entender sus fronteras y de qué manera, justa y prudente, ejercer su hospitalidad (tema de inmigrantes y refugiados); al reto no ya de superar una crisis económica cuanto de despejar un horizonte, incierto, de bienestar y de solidaridad (tema de globalización , gobernanza económica y sistema de bienestar); al reto de defenderse de las pulsiones destructivas que surgen de fuera y dentro (tema tensiones geopolíticas y terrorismo).

Si nos los planteamos en clave normativa podríamos decir que no nos toca arruinar las bases de inteligencia práctica y de amistad cívica generalizada sin las cuales esa comunidad europea acabaría siendo un juguete roto. Ahora, precisamente ahora. No nos corresponde dejar abierto un flanco de desorden, un foco de confusión y de arrebato en lo que es una Europa vulnerable e incierta, que apenas puede con la coyuntura del momento. Debemos hacer las cosas, entre todos, de modo que eso no ocurra. Por lo pronto, sobre todo, acertar con la actitud adecuada, hecha de inteligencia y de

---

Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

buen ánimo. Estar atentos a lo fundamental. Lo que une y lo que eleva. Luego podrán venir los tacticismos prudentes, que ayuden a evitar los desastres, vislumbrar lo mejor y, posiblemente, irnos acercando a ello. Lo que nos llevaría de la posibilidad a la esperanza, y de ésta, de nuevo, a la posibilidad.

3. Nos tenemos a nosotros mismos

3.1. Afinidades electivas y cambios de parejas: políticos en busca de sus bases y viceversa

A veces los políticos aciertan en sus expresiones. De uno de ellos (francés, procedente de la sociedad civil, Nicolas Hulot) escuché hace poco estas palabras: "la esperanza es una locura necesaria". (Lo que "complementaría" el *dictum* de Gracián, según el cual la esperanza sería de lo más razonable: "en todo es mejor esperar que desesperar, pues ¿quién es capaz de calcular lo posible?".) Loca y cuerda al tiempo, la esperanza desafía en todo caso las meras expectativas razonables prendidas de la inercia de las cosas y se atreve a lo que parece imposible. Aquellas palabras reflejaban la situación de un ecologista que cambiaba de pareja política, entraba en un gobierno inédito, y se preparaba para lidiar con el tema de la energía nuclear. Y entonces imaginaba que "el milagro" podría realizarse, mediante una suerte de conversación, reconstruyendo la decisión política en términos de un proceso, un camino zigzagueante, que permitiría llegar a un acuerdo justo entre adversarios, pensando quizá (y con razón) que el entendimiento no es, muchas veces, sino el fruto de rectificar una y otra vez una serie de malentendidos.

Obviamente, encerrarse en "el sí o el no" parece más fácil que razonar. Sobre todo a los políticos voluntariosos, los medios de comunicación dramáticos y los sectarios de turno. Y el público se puede dejar llevar. En tal caso, todos hacen como que saben. En realidad, no sabiendo mucho de las razones de las cosas, creen que basta con afirmarse de izquierdas o derechas, de arriba o abajo, del núcleo o la periferia, de los (muy) indignados o los (casi) satisfechos, de los populistas o los globalistas, de la sociedad abierta o la cerrada, de los que miran al futuro o al pasado, etcétera. Las posiciones a tomar se entenderían como el resultado de poco más que un golpe de intuición, y se asumirían como un acto de decisión, evitando las preguntas sobre el qué y el por qué y con qué efectos, para concentrarse en un "así son las cosas" y "esto es lo que hay que hacer", poco menos que en un ordeno y mando (u obedezco).

Pero he aquí, contra todo pronóstico, el aparente "milagro" (imprevisto, aparentemente resultado de golpes de fortuna) por el que ha surgido en Francia Emmanuel Macron, con una idea clave de *rassemblement*, integración o confluencia de izquierda, centro y derecha, de hombres y mujeres, de "jóvenes de hasta cuarenta años" y "menos jóvenes de hasta ciento veinte", de hombres y mujeres, con un lenguaje de reconciliación incluyendo una apelación al amor (nada menos), y un lenguaje de dar razones sugiriendo un programa de ajustes y reformas prudentes, que, no empañadas por cargos de corrupción, son *grosso modo* sencillas de entender (de hecho han sido prometidas, e incumplidas, en una variante u otra, desde hace más de una generación). Y con ello, los electores le han tomado la

palabra, y él ha conseguido la aquiescencia y el voto favorable de dos tercios del electorado. Dos tercios renuentes a aceptar justo lo opuesto: un lenguaje incivil y de confrontación, confuso, aparentemente hecho menos de razones que de desplantes.

Lo ocurrido en Francia *hasta ahora* (porque de lo que ocurra luego, habrá que dar razón en su momento) llama especialmente la atención visto desde la España de estos últimos años. Sugiere el espectáculo de un juego de parecidos y contrastes, de espejos invertidos. Por un lado, aquí, en España, la voz de los políticos suele ser, de entrada, más bien extraña. Unos hablan casi de continuo hilvanando slogans, otros apenas hablan, algunos son personajes poco menos que monosilábicos del "no es no" y "lo que no se puede no se puede", y cosas semejantes. Y sin embargo, por otro lado, hay en el espacio público una voz de la sociedad menos audible pero bastante articulada, incompleta pero que puede servir de base y referencia. Es la voz de dos tercios de la sociedad, un curioso híbrido de moderados y reformistas, con ecos de protesta popular[13]: una sociedad no tan distinta del electorado de Macron, que las elites españolas apenas han escuchado, en general, entretenidas en escucharse a sí mismas.

De modo que *podría* ocurrir "otro milagro". O por utilizar otra imagen, y más modestamente, un cambio de parejas al modo de "las afinidades electivas" del joven Goethe. ¿Cuál era el mensaje de su novela? Que a veces las relaciones establecidas, digamos, convencionales se rompen porque surge (o resurge) la atracción, la afinidad, por alguien de quien uno se siente (se supone, mucho) más cercano, en el fondo. Razones de fondo, siempre con su cortejo de dudas y de dramas. Es obvio que esto puede aplicarse a la vida política. De hecho, en el continuo baile de la política son frecuentes los cambios de parejas; y se dan entre los segmentos sociales más variados y los partidos que les han representado y a los que han sido fieles largo tiempo. Como pueden atestiguar los socialistas franceses, que, de ser tanto, quedaron en tan poco en tan breve tiempo, porque una parte de las clases populares se les fue, sintiendo más afinidad con Marine Le Pen, o Jean-Luc Mélenchon; y una parte de su electorado de clases medias, con Emmanuel Macron.

Cada país es diferente y no se trata de aplicar el mismo esquema a todos. Pero da qué pensar que ese mensaje de reconciliación y de razonabilidad, que parece haber encontrado (en buena medida por azares del destino) su eco y su simbolismo político (quizá precario) en Francia, es *análogo* con lo que sabemos del mensaje que se expresa en la voz de una amplia mayoría de la sociedad española actual. Que en su proceso de búsqueda ha pasado, por lo pronto, de un baile de dos parejas a un baile de cuatro.

3.2. La voz de la sociedad: el "nosotros" más modesto

[13]Lo que obligaría a matizar y cuestionaría la simple y rígida dicotomía convencional entre populistas y globalistas. La dimensión compleja del populismo ha estado presente, sin embargo, en él desde el comienzo. Ver, por ejemplo, las observaciones de Richard Hofstadter a propósito del populismo norteamericano de la segunda mitad del siglo XIX (*The Age of Reform,* Nueva York, Vintage Books, 1955, pp. 60 y ss.)

Con lo cual ya tendríamos una buena noticia que darnos. No es seguro que tengamos los políticos que necesitamos. Pero por lo pronto nos tenemos a "nosotros mismos": el nosotros, más modesto, pero básico, del pueblo o de la sociedad de a pie. Para empezar, podemos cambiar de parejas. Pero no sólo eso. También podemos decidir el baile en cuestión. Qué vamos a bailar y cómo. Forcejear con los políticos cruzando con ellos no simples miradas, sino palabras cargadas de razones.

No hablo metafóricamente. Me baso en datos de encuesta (que tienen su límite pero también su alcance) expuestos y analizados en mi libro *La voz de la sociedad ante la crisis*.[14] Según ellos, para empezar, en torno a tres cuartos de los españoles se sienten europeístas bastante convencidos. Esto no es una mera adscripción coyuntural, interesada. Es como un hacer nuestra la dirección última en la que avanza el barco que nos lleva, con nuestro consentimiento, como algo que pertenece al orden natural de las cosas, o al tiempo histórico en el que estamos instalados desde hace siglos. Además, lo que imaginamos de ese futuro (que nos afanamos por adivinar) sólo nos hace ser más europeos, más un "nosotros" europeo, aun con su diversidad interna. Los retos inmediatos, obvios y graves, de crisis, desigualdad, precariedad, terrorismo, pero también las promesas implícitas, de tolerancia, transparencia pública, impulso de vida, sentido de la comunidad: retos y promesas que no hacen sino reforzar, directa o indirectamente, la sensación de tener un rumbo.

Ello conecta con el sentimiento muy mayoritario de las gentes de un estar en el mundo juntos de una *determinada manera*, organizados por un entramado institucional que se define en buena parte por lo que no es: no es una economía estatista y colectivista, no es un régimen autoritario. Es alguna variante de una economía de mercado *cum* estado de bienestar; es una democracia liberal con un espacio público (ideal o potencialmente) protagonizado por los ciudadanos mismos, por la sociedad civil; es una sociedad plural poblada de grupos y redes sociales e individuos diferentes y libres. Y es el legado de una modernidad complicada y dramática, de fundamentos percibidos a medias, pero con una matriz cultural que contiene la esperanza ("locura necesaria") de "un mundo mejor". Todo ello es frágil, susceptible de degradación (como he señalado una y otra vez a propósito de la experiencia democrática) y de perfección (la realización de los sueños...), pero al menos con cierta frecuencia es más bien habitable; y lo es por contraste con regímenes totalitarios de los que se tiene una memoria relativamente cercana. Inolvidables, porque para nosotros, los europeos, "olvidar el ser" del ser humano (esa preocupación de algunos filósofos) tendría, por lo pronto, ese sentido histórico próximo: el de olvidar los totalitarismos que han troceado, confundido y desangrado nuestro siglo XX, y olvidar lo que nos condujo a ellos.

Esta sociedad suele tener sus reservas respecto al diseño específico de ese entramado y su modo de funcionar, y pensar que la democracia y el capitalismo *cum* sistema de bienestar necesitan de rectificaciones importantes. De hecho, adoptan posiciones en este sentido que, sin ser las de los

[14]Víctor Pérez-Díaz *La voz de la sociedad ante la crisis*, Madrid, Funcas, 2017. Puede consultarse en formato electrónico en http://www.asp-research.com/es/la-voz-de-la-sociedad-ante-la.

políticos y los expertos, reflejan su sentido común, su sentimiento de justicia, sus saberes específicos y sus conocimientos locales y prácticos. Todo ello es indispensable para llevar adelante una conversación cívica y un ajuste y reajuste continuo de las decisiones colectivas, que permitan aprender, experimentar, reflexionar sobre lo que vamos haciendo. Incluyendo el rumbo. Que no es asunto fácil de prever y explicar; pero tampoco es un misterio insondable. No hay *arcana imperii* a los que sólo los poderosos tengan acceso; en rigor, nadie tendría acceso pleno a ellos. Pero caben imaginaciones y aproximaciones, que se podrían ir corrigiendo. Por eso es preciso combinar los rituales que refuerzan los sentimientos morales justos, y, con ellos, la confianza en nosotros mismos, con los razonamientos que dan lugar a un continuo ensayar y una suerte de aprendizaje colectivo.

Esta voz de la sociedad pone de relieve la centralidad del estado a la hora de atribuir responsabilidad por, y competencia para, la solución de los problemas colectivos y de centrar el foco del debate público.[15] Fundamental para la solución de los problemas y para este debate es el cuidado de las formas. Porque la conversación, y la comunidad, son imposibles sin ese cuidado. A este respecto la voz de la sociedad es inequívoca y rotunda; y en pocas ocasiones como ésta se hace más palpable lo que los ciudadanos entienden como una diferencia profunda entre el tenor de su voz y el de la voz de los políticos. Los ciudadanos piensan que los políticos no se escuchan entre sí, o lo hacen sólo para rebatirse (89%), mientras que ellos, los ciudadanos creen que el debate público debe ser una oportunidad para que todos aporten algo y aprendan (83%). Los ciudadanos afirman que los políticos no se preocupan por lo que los ciudadanos piensan (77%), es decir, les ignoran. Incluso imaginan que los políticos intensifican los sentimientos de hostilidad de sus bases sociales hacia los partidos contrarios para hacer imposible un compromiso con ellos (63%); o, yendo más lejos, que los políticos descalifican a sus adversarios para desviar la atención del público de modo que éste no vea que no son capaces de resolver los problemas del país (59%). Y, aplicando el razonamiento al tema de las autonomías y los nacionalismos ("el drama catalán"), los ciudadanos creen que, en las controversias sobre el tema, la mayoría de la gente (71%) tiende a llegar a acuerdos, mientras que los políticos tienden a promover conflictos. Tampoco es que los ciudadanos apuesten por que los políticos tengan una capacidad excepcional de liderazgo, una gran visión y energía para realizar sus propósitos: más bien, lo que desean en ellos es que tengan sentido moral y sentido común (77%).

Todo esto no lo dicen los ciudadanos desde la altura de su autosuficiencia. Son conscientes de sus límites; y la citada encuesta así los muestra. Saben poco de historia, de economía, sobre Europa. Tampoco saben qué hacer con su propia ambivalencia hacia unos políticos de los que desconfían pero a los que votan. Son un vaso medio lleno o medio vacío en lo que concierne a su interés por la política

[15]La atribución de esta centralidad se hace al "estado o Estado", con el sobre-énfasis de la mayúscula inicial en muchos idiomas (por ejemplo, en español o en francés), lo que tal vez sea como el símbolo de un contraste entre la esperanza y la expectativa proyectadas en él. La esperanza refleja la aspiración de la sociedad por verse a sí misma como una comunidad capaz de resolver problemas, de representar las diferencias de sentimiento y de interés, y de unir a todos los distintos segmentos de la población en un conjunto coordinado. La expectativa (fruto de la experiencia) es más modesta. Tal vez la exaltación retórica del estado/Estado, con su tanto de grandilocuencia, refleja ese contraste -- buscándose el compensar con ello una inseguridad de fondo.

y su disposición para implicarse en asociaciones. Y, punto débil de todo el edificio de sus recursos y orientaciones socioculturales, no confían mucho en ellos mismos, si esto es lo que se infiere de lo que dicen acerca de sus expectativas respecto a la calidad del trabajo de los otros, su reconocimiento de los méritos ajenos, y en general de su confianza en los demás.

En fin, nadie es perfecto; pero si las gentes lo reconocen (lo reconocemos) al menos ni engañan ni se engañan; y, en este caso, tienen un punto de partida para reforzar el contenido de sentido común y de sentido de lo común de su voz. De esta manera, mejorarían su capacidad para entender y manejar su situación, por lo pronto la democracia de turno. Frágil y expuesta a los retos del momento.

ASP Research Papers

Últimos números publicados

113(a)/2017 **Juan Carlos Rodríguez**, El desafío independentista: sociedad y política en la Cataluña actual

112(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The voice of the society and the crisis: potential and limits of reflexivity and civility

111(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, The future of work: new workers, new citizens

110(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The sleep of reason produces monsters: on the subject of civic demands and capacities today

109(a)/2015 **Joaquín Pedro López Novo**, El camino abandonado: una reflexión sobre el declive de la visión humanista de la empresa

108(a)/2014 **María García**, Fundamentos de una sociedad civil según Víctor Pérez-Díaz

107(a)/2013 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La crisis de las cajas de ahorros y su alejamiento del modelo tradicional

106(a)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, Maestros y discípulos

105(b)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, A 'natural order of things': the Euro crisis and the European demos

104(b)/2011 **Víctor Pérez-Díaz**, The avatars of advanced modernity: the risk that civil society in advanced modernity becomes an oligarchical city

103(a)/2011 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Cultura moral e innovación productiva en Europa

102(b)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, **Elisa Chuliá**, **Joaquín P. López Novo y Berta Álvarez-Miranda**, Catholicism, social values and the welfare system in Spain

101(a)/2010 **Joaquín P. López Novo**, Expansión del yo y transformación personal: el florecimiento de la cultura de la transformación personal en la sociedad actual

100(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, La cultura de la ciencia y la convergencia de España con los países avanzados

99(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La travesía del desierto

98(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Tiempos de desorden y espíritu cívico: el lado de la sociedad

97(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, El malestar de la democracia aquí y ahora: el lado de la clase política

96(a)/2009 **Juan Jesús Fernández** y **Juan Carlos Rodríguez**, Los orígenes del fracaso escolar en España: un estudio empírico

95(a)/2009 **Elisa J. Sánchez Pérez**, La participación electoral en España e Italia y su interpretación desde la perspectiva del capital social

94(a)/2009 **Berta Álvarez-Miranda**, La diversidad de los inmigrantes musulmanes en Europa

93(a)/2009 **Izabela Barlinska**, Fluctuaciones de la confianza en tiempos de globalización y de transiciones socio-políticas

92(a)/2009 **Joaquín P. López Novo**, Laicidad y laicismos en España: ¿qué España laica?

91(a)/2009 **Benjamín García Sanz,** Agricultura y vida rural

90(a)/2009 **Evelyne López-Campillo**, En torno al casticismo de Europa

89(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Modernidades confusas y círculos de solidaridad

87(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Jesús Fernández**, Las relaciones entre la confianza y el asociacionismo en la generación de capital social: observaciones sobre la experiencia latinoamericana

86(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Berta Álvarez-Miranda**, Observaciones acerca de un plan de actuación sobre la inmigración en la Comunidad de Madrid

85(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Spain's religion at the crossroads

85(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, La religión española en un cruce de caminos: comprendiendo la religión como una cuestión de contexto y de narrativa

84(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Joaquín P. López Novo**, El reto de las elites filantrópicas en España

83(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, The voices of civil societies

82(a)/2008 **Juan Carlos Rodríguez**, La religiosidad de los españoles y la Iglesia Católica: unos datos y una hipótesis

81(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Horizonte y dilemas de la filantropía

80(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La energía nuclear y la opinión pública en España

79(a)/2008 **Juan Carlos Rodríguez**, Discusión pública y reticencias sociales acerca de las infraestructuras energéticas

78(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Society's responses to the current problems of energy and environment

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.
Comandante Fortea, 3 - 12º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 91 5414746 • e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.

Comandante Fortea, 3 - 12 º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 915414746 · e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com